


Antonio García García

Catedrático emérito del Departamento de Farmacología y Terapéutica, Facultad de Medicina, Universidad Autónoma de Madrid. Presidente de la Fundación Teófilo Hernando.

En palabras de Edward Tufte, “si el poder corrompe, el PowerPoint corrompe absolutamente”

Diabólico PowerPoint

En mi columna de la revista iSanidad he publicado recientemente un artículo que titulé “Lección magistral”. Antaño, este ampuloso nombre se daba a una lección que el opositor que optaba a una plaza docente, había preparado previamente, extraída a su antojo de su programa docente para una determinada asignatura, por ejemplo farmacología.

Para ser profesor agregado de la Universidad de Valladolid, Facultad de Medicina (esta figura existía en los años de 1970) tuve que pasar por 5 ó 6 ejercicios, uno de los cuales era la lección magistral. Durante mi exposición de 1 hora tenía que demostrar mis dotes pedagógicas y presentar al tribunal de 5 catedráticos un hilado discurso, que lo basé en los mecanismos generales de acción de los antibióticos. Tiré de pizarra y diapositivas e hice todo lo posible por quedar bien.

La Lección conmemorativa en memoria del médico segoviano del Renacimiento Andrés Laguna, autor de una edición del Dioscórides llena de apuntes, aclaraciones y nuevas ideas farmacoterápicas, también se llama “Lección magistral” y a los ponentes que la imparten cada año, en el histórico y espectacular paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares, se les llama Maestros. La Lección se celebra cada año por Santo Tomás y la organizan conjuntamente la Fundación Lilly y la Universidad de Alcalá de Henares.

Don Fermín de Pas ostentaba el cargo de Magistral en la catedral de Vetusta,

un pecador cura que cuando subía al púlpito encendía a su audiencia con lo que se suponía era un sermón magistral, lleno de palabras. No necesitaba diapositivas pues el poder de la palabra, en sí misma, es infinito. El Magistral, junto con doña Ana Ozores, la Regenta, son los personajes centrales de la gran obra literaria del mismo nombre, que Leopoldo Alas Clarín, también con palabras magistrales retrata, el tumultuoso siglo XIX de Vetusta, actual Oviedo, y por ende, de la España de aquel nefasto periodo de nuestra historia. ¿Pero son magistrales las clases que hoy impartimos leyendo acriticamente decenas de imágenes de PowerPoint?

A propósito de mi artículo de iSanidad, Carlos Gancedo, profesor de investigación del CSIC, en el Instituto de Investigaciones Biomédicas “Alberto Sols”, ubicado en el Campus de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid, me envió un sabroso comentario de Edward R. Tufte, profesor emérito de ciencia política, ciencia informática, estadística y diseño gráfico en la Universidad de Yale, EEUU. Lo publicó en la revista “Wired” (<http://archive.wired.com/wired/archive/11.09/>)

El PowerPoint
ha barrido
la pizarra
radicalmente,
uno de los
mejores
métodos
docentes
de todos los
tiempos

[ppt2. html](#)). El título de este breve artículo es “PowerPoint is Evil” y me he permitido plagiarlo, con el debido crédito, para dar título a mi presente comentario.

Desde que se creara en 1984 y se adquiriera por Microsoft, el programa PowerPoint que no es más que un proyector de diapositivas, pero más ágil y rápido que los viejos proyectores, ha invadido todos los ámbitos de la comunicación, incluida la universidad, por supuesto. ¿Para qué molestarse en la utilización de la “obsoleta” pizarra y la tiza que mancha la mano y escribe lentamente, si con el PowerPoint podemos presentar el “Goodman y Gilman” entero, en miles de diapositivas, a lo largo de un curso académico? Es más cómodo, más rápido, una vez preparada no tenemos necesidad de volver a preparar la misma clase cada año ¿para qué?; llevamos en el bolsillo el diminuto “memolápiz” con cientos de diapositivas grabadas, elegimos la clase que nos toca y a leerlas a 100 o 200 alumnos. Leer diapositivas, 80, 100... en 1 hora. Cuanta más información y más diapositivas abigarradas, tanto mejor.

En noviembre de 2019 asistí a un atractivo simposio sobre señales celulares de calcio en Coimbra. En los 3-4 días que duró el simposio debí ver muchos cientos de diapositivas. Pero me impactó tanto la presentación de una competente científica que no consigo olvidarla. A una velocidad vertiginosa pasada cada pocos segundos una tras otra sus diapositivas, con varios gráficos en cada una de ellas o con tablas con decenas de números. Quería a toda costa, en los 20 minutos que duraba su presentación, mostrar a la audiencia los más mínimos detalles de su investigación de varios años. No me enteré de nada. Esto mismo ocurre en los Seminarios “Teófilo Hernando”, organizados conjuntamente por el Instituto Fundación Teófilo Hernando y el Departamento de Farmacología y Terapéutica, en Medicina de la UAM. Por este foro han pasado cientos de científicos de dentro y fuera de España; por tanto, he tenido la oportunidad de conocer el uso y abuso del PowerPoint por cada uno de nuestros invitados. Rarísima vez han recurrido a la pizarra;

en alguna ocasión, han presentado un limitado número de diapositivas que les servían de apoyo a su hilo argumental; y con mucha mayor frecuencia, los ponentes se limitaban a presentar abundantes datos, gráficas, tablas, complicados esquemas con flechitas para arriba, a la derecha, a la izquierda o para abajo, incomprensibles en el corto espacio de tiempo que la diapositiva permanece en la pantalla.

La típica clase teórica es hoy, casi siempre, una perorata de 55-60 minutos, con 60 y hasta 100 diapositivas que se leen, una tras otra, sin pestañear. Es la comodidad del PowerPoint que ha favorecido que muchos profesores acomodados que, diciendo lo mismo año tras año, se conviertan en meros transmisores de los saberes médicos. Son lectores de diapositivas que ni siquiera interpretan, pues solo disponen de unos segundos para cada imagen. No se detienen a hacer alguna reflexión personal sobre el tema tratado, plantear dudas y facilitar el desarrollo del pensamiento crítico, tan importante en la futura práctica profesional de los estudiantes.

En mi dilatada experiencia docente me ha parecido que una determinada clase fue magistral cuando, al terminarla, sentía que había atraído la atención de los alumnos y, por ello, me sentía satisfecho. Y la probabilidad de que eso aconteciera estaba relacionada con el grado de inquietud que tenía por hacerlo bien. En nuestro afán por adquirir y dominar la metodología docente podemos recurrir a alguno de los muchos libros escritos sobre el tema, o a cursos que organizan las facultades de pedagogía. Pero con ser interesantes, quizás no sean necesarios; basta aplicar el sentido común, tener el deseo de hacerlo bien y llegar al estudiante desde la experiencia, que solo se adquiere andando.

Resulta interesante el símil que hace Edward Tufte entre un fármaco y el PowerPoint. Se trata de un fármaco imaginario, ampliamente utilizado, que lo tomamos con la esperanza de que nos haga más bellos y atractivos. Sin embargo, resulta que el fármaco produce estupidez, nos hace malgastar nuestro tiempo y degrada

Leer
decenas de
diapositivas,
sin
comentarlas
críticamente,
es la clase
“anodina” de
hoy

la calidad y credibilidad de la capacidad de comunicarse. Obviamente, con este perfil el fármaco se retiraría del mercado en todo el mundo. Sin embargo, el PowerPoint se utiliza universalmente en todas las actividades de la vida, incluida la docencia. Lo que importa en las presentaciones es la estética y si hablamos de un fármaco aparece en la imagen un montón de comprimidos y cápsulas multicolores, el contenido es lo de menos; lo importante es deslumbrar a la audiencia con paisajes, montañas, lagos, bosques, monumentos, catedrales. Pero está claro que, si los datos que se presentan en esas “bonitas” diapositivas son irrelevantes o muy densos, de poco sirve el complemento estético de la presentación. Edward R. Tufte concluye (y yo con él) que el PowerPoint es una herramienta pedagógica útil que ha venido para quedarse. Sin embargo, se abusa de tal manera de él que, en vez de servir de complemento para una presentación, la ha sustituido diabólicamente. Para pensar.

Antonio García García
agg@uam.es